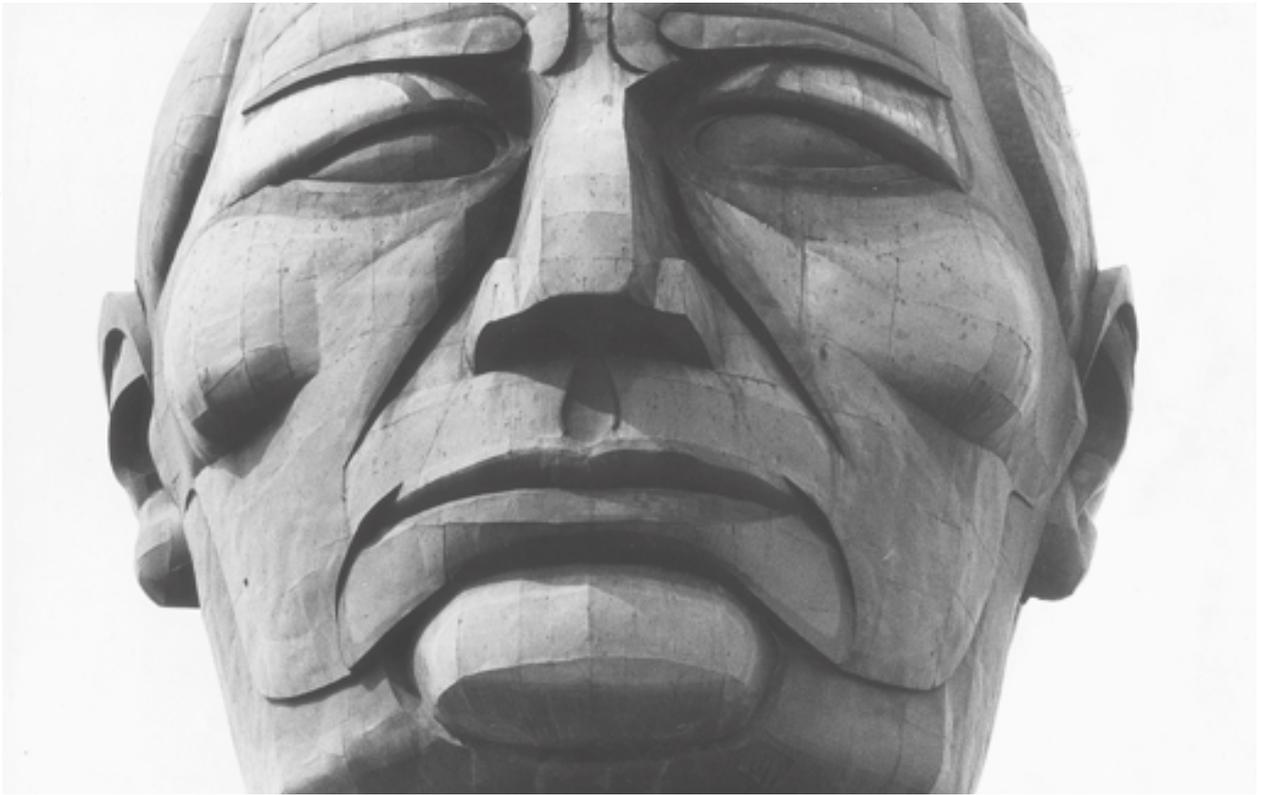


El Primer Centenario: 1906

Clementina Díaz y de Ovando

© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del INE/1304



En la prensa periódica, fuente inapreciable de la noticia fresca del momento, pueden seguirse paso a paso los preparativos para conmemorar el Primer Centenario del Natalicio del Benemérito Benito Juárez, así como las ceremonias que tuvieron lugar el 21 de marzo de 1906 y los días siguientes, sin dejar de lado la polémica suscitada entre liberales y conservadores, éstos siempre implacables críticos del Benemérito y su obra y, también, los copiosos artículos publicados en la prensa en homenaje a Juárez y a su defensa.

De los muchos periódicos que, a la sazón se publicaban en la capital de la República, se repasaron *El Imparcial*, *El Mundo*, *Diario de la tarde*, el *Diario del Hogar*, *La Patria*, *El Popular*; la importantísima revista *El Mundo Ilustrado*, *El Faro*, *El Eco de México*, el censor del régimen *El Colmillo Público* y los diarios católicos *La Voz de México*, *El País*, *El tiempo* olímpicamente ignoró todo lo relacionado con el homenaje al “gran Reformador”.

De la abundancia de noticias que se encuentran desde los primeros días del mes de enero de 1906, es imposible detenerse en ese acopio por lo cual sólo traigo a

colación unas cuantas reseñas, para recordar, aunque sea a vuela pluma, cómo fueron los festejos de la conmemoración del Primer Centenario del Natalicio de don Benito Juárez y su significación histórica.

El 8 de enero *El Nigromante* informaba que en diciembre de 1905 la Junta Masónica organizadora del Natalicio del muy respetable Maestro, Ilustre y Poderoso Benito Juárez, invitaba a todos los ritos francmasonicos existentes en la República, desde el Aprendiz hasta el último grado a celebrar de una manera digna el 21 de marzo de 1906, recordando que hace un siglo en ese día nació Juárez, la aurora intelectual que nos dio la libertad de conciencia y la libertad de derechos como pueblo libre.

En ese mes de enero, la prensa dio a la publicidad la Comisión Nacional del Centenario integrada por los señores Félix Romero, Pablo Macedo, Rosendo Iñeda, senador Carlos Rivas, General Jesús Alonso Flores, ingeniero Gabriel Mancera, diputado Trinidad García y los secretarios, los licenciados Ramón Prida, Adalberto A. Esteva, Victoriano Salado Álvarez y José Casarín. La

Comisión celebraría semanariamente sesiones en los elegantes salones de la Secretaría de Hacienda.

El Popular. Diario independiente de la mañana, el viernes 12 de enero en “El Centenario de Juárez” comunicó que el 11 se había inaugurado en la Academia de Bellas Artes, la exposición de los proyectos del monumento a Juárez, presentados conforme a la convocatoria para el concurso arquitectónico abierto por la Comisión del Centenario. En opinión de *El Popular* de los diez proyectos sólo había tres notables.

Estos proyectos dieron mucho qué decir. El 21 de enero *El Colmillo Público. Revista humorística, de variedades, crítica y caricaturas* insertó el artículo “Qué barbaridad” firmado por *Alacrán* (seudónimo de Juan Hernández Benítez) en el cual el autor hacía una agria reprobación de los proyectos presentados por el monumento al Benemérito. Ninguno se salvaba.

El 1º de febrero *El Faro*, periódico ilustrado quincenal. Órgano único de la Iglesia Presbiteriana de México, proponía el programa para que protestantes y presbiterianos celebraran el gran acontecimiento continental.

El domingo 18 de marzo todas las iglesias y congregaciones celebren servicios especiales, en el que se consideren los beneficios que las leyes de Reforma han reportado a los verdaderos cristianos de México, dando gracias a Dios por el apareamiento en el mundo de ese hombre providencial.

El 4 de febrero *El Popular* en “El Centenario de Juárez” daba cuenta de que la comisión había mandado acuñar cuatro mil medallas conmemorativas del Centenario.

También *El Popular* el 17 de febrero publicó la carta del jurado en que se daba una muy amplia explicación del por qué no había sido posible premiar ninguno de los proyectos presentados y concluía el jurado.

Al dar este fallo en cierto modo desagradable para nosotros, por el infeliz éxito del Concurso, no es nuestra mente impedir que con gran solemnidad se verifique la simbólica ceremonia de la colocación de la primera piedra, pues ella puede muy bien hacerse sin necesidad de un monumento especialmente determinado, bastando el propósito de levantar uno que corresponda a la cultura de México y a la excelsitud de uno de sus más grandes héroes.

Reiterando a la H. Comisión Nacional nuestros testimonios de respetuosa adhesión. México, 30 de enero de 1906. *Antonio Rivas Mercado, Manuel Velásquez de León, Nicolás Mariscal*, arquitectos.

Adelantando vísperas, el poeta José Juan Tablada en su muy leída sección “La Semana” que aparecía en *El Mundo. Diario de la tarde*, el 16 de marzo sentenció: a Juárez lo honraría un monumento aún más grandioso, el de la indestructible palabra escrita, y por lo mismo perenne.

Juárez tendrá un monumento. No será el monumento que frustró el nihilismo de un jurado de triste memoria; pero será una gloriosa conmemoración de la obra redentora del gran patricio.

Nos referimos al libro de don Justo Sierra, titulado: *Juárez, su obra y su tiempo*, que la casa editora Ballezá ha comenzado a hacer circular en suntuosa edición. Que la obra será una magnífica arquitectura literaria y un fuerte monumento histórico, lo garantizará el genio de su autor y lo promete el texto de la primera entrega, la dedicatoria lapidaria solemne de la obra “a la juventud” y las reflexiones previas, que son como un vasto y poderoso relieve mural en el pronaos de un templo magnífico.

Regresemos a los primeros días de marzo. *El Mundo*, el 2 avisaba que en las escuelas públicas se estaba ensayando el himno a Juárez con letra de Luis Jiménez y la música del profesor Julio Ramírez Tello.

El 5 de marzo *El Imparcial* publicó este anuncio. Tengámoslo muy presente.

UNA POESÍA DEL SEÑOR MARISCAL

El señor licenciado don Ignacio Mariscal quien, como es bien sabido, ha cultivado con fruto las bellas letras, acaba de escribir una composición poética dedicada a Juárez relatando un hecho hasta ahora desconocido de la vida del ilustre demócrata.

La citada composición será publicada por los días del Centenario.

Por su parte *El Popular*, el 5 puntualizó: “Las próximas fiestas. Efervescencia del patriotismo. Creciente amor a la figura de Juárez. Su significación”.

El articulista rebosando fervor patrio reconocía que entre los muchos méritos de Juárez estaba el de ser el creador de la nacionalidad mexicana y, al mismo tiempo, su salvador.

No se puede contar la Independencia de México sino a partir de Juárez, como no se puede remontar la redención del espíritu nacional a tiempos anteriores a 1867. El hijo de Guelatao fue propiamente y sin imagen y sin exageración alguna, el padre de un pueblo, en el sentido de que él dio a la Nación mexicana una existencia propia, una autonomía perfecta, rompiendo violentamente todos los lazos que la tradición, primero, y la traición después, tendieran en torno a la República, para paralizarla y ahogarla.

De manera que esta efervescencia del espíritu patriótico nada es sin interés: todo al contrario, resulta significativo y trascendente en grado heroico.

(...) No es el 21 de marzo próximo solamente el Centenario de Juárez es ya, podemos decir, el Centenario de la Independencia Mexicana, anticipado y como

predicho, de igual suerte que el nacimiento de aquel obscuro indígena fue como el augurio del nacimiento del pueblo mexicano.

(...) De esta suerte se explica el entusiasmo inmenso por festejar dignamente tan grande acontecimiento; de esta manera se opera un nuevo milagro en esta sociedad a veces inerte y apática: la resurrección del espíritu patriótico. Y es porque sentimos que el honrarle a él, es honrarnos a nosotros mismos; es honrar a nuestros padres; es testificar con elocuentes ejemplos ante el mundo entero, que el presente confirma, la obra del pasado y que el culto a ese inmortal no morirá jamás, mientras haya en México seres que tengan todavía el orgullo, el decoro y la dignidad de ser hombres no amamantados en pechos esclavos.

Lo que expresa ese texto, va más allá de la forma grandilocuente y apasionada en que está concebido y se percibe una idea central: valorar la significación que ha tenido y tiene para México la figura de Benito Juárez. Se presenta ésta aquí, no sólo como la figura de un gobernante justo y capaz de regir los destinos de la nación, sino como forjador de ella misma en cuanto que, meramente restaurador de la República fue el que consolidó su independencia y su ser.

La razón de esta apreciación que para algunos parecería exageración retórica la ofrece la misma historia de México, durante las primeras décadas en que vivió libre de la soberanía de España estuvo convulsionada por innumerables guerras interiores y por invasiones extranjeras.

Juárez fue quien con enorme esfuerzo y penalidades rescata al país del caos, refirma su independencia y sienta las bases para la plena realización de su destino. En tal

sentido puede entenderse que fue el cabal consumidor de la Independencia y del futuro de México.

El 17 de marzo *El Popular* en “El Centenario de Juárez” dio a conocer “El Programa definitivo de las fiestas en la capital”.

El 21 a las nueve de la mañana una gran e importante comitiva, partiendo de la Plaza de la Constitución recorrería las calles de Plateros, san Francisco (Francisco I. Madero), Avenida Juárez, Patoni (Avenida Juárez), Rosales, San Fernando hasta el Jardín Guerrero para depositar ofrendas florales en la tumba del Benemérito.

Por la tarde, se colocarían en la fachada de la Casa Moneda y en el salón de Embajadores del Palacio Nacional las lápidas conmemorativas. También, por la tarde, tendrían lugar funciones de obsequio en los teatros, espectáculos acrobáticos en la plaza de toros “México”, durante la función se elevarían vistosos globos aerostáticos.

En la noche habría serenata frente al Palacio Nacional y fuegos artificiales.

En el Teatro Arbeu conforme a un programa especial una velada en honor a Juárez, con la asistencia del presidente de la República. Los triunfadores en el concurso literario convocado por la Comisión Nacional del Centenario recibirían los premios y diplomas.

El día 22 a las nueve de la mañana el Gobernador del Distrito, el personal de la Delegación y los invitados asistirían a “la plantación de un árbol conmemorativo del Centenario en el Paseo de la Reforma. Al pie del árbol se colocaría una placa alusiva”. La Comisión invitaba a la ciudadanía a adornar y a iluminar sus casas para mayor lucimiento de la conmemoración.



© Archivo Exegetico Manuel Toussaint del IIEG/UNAM

Buen cumplidor *El Imparcial* el mero 21 de marzo, publicó la anunciada composición poética de Ignacio Mariscal: “Episodios de la vida de Juárez”, antecedida de una “Advertencia”. En ésta, Mariscal explicaba que, deseoso de participar en unos juegos florales convocados en Oaxaca, que pedían, entre otras condiciones, una leyenda literaria basada en un episodio de la vida de Juárez, había decidido escribir una composición en prosa rítmica, es decir, en endecasílabos sin rima, imitando al autor belga *Monna Vana*, Mauricio Maeterlinck.

Su composición —aseveraba Mariscal— era verdadera hasta en sus últimos detalles. El concurrir a la justa literaria y obtener un premio a la mejor leyenda literaria, se lo impedía el puesto que ocupaba como Ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Porfirio Díaz, amén de otras consideraciones, sin embargo, con su composición poética rendía “un tributo a la memoria del gran patricio que hace cien años vio la luz primera en un rincón de la sierra de Oaxaca”.

Mariscal, durante la Guerra de Reforma radicó en Veracruz al lado de Juárez, y al triunfo de la República figuró en el gabinete de don Benito como Ministro de Justicia e Instrucción Pública y Ministro de Relaciones Exteriores. Como amigo de Juárez debió conocer el episodio que relata.

Esta composición me place, por su interés y por re velar un rasgo poco conocido de Juárez, leerla íntegra.

Para mayor claridad de la composición doy unos cuantos datos del personaje que figura en este episodio: Mathieu de Fossey. ¿Quién era? Un francés autor del libro *Viajes a México* traducido y editado en 1844 por Ignacio Cumplido.

Según expresa De Fossey en el capítulo 1 de su obra había llegado a México el 13 de febrero de 1831, atraído por la propaganda alrededor de la colonia de Coatzacoalco, y uno de tantos aspirantes a colonizar esta región. Durante su estancia en México se dedicó a la enseñanza.

En 1857 apareció su libro *Le Mexique* editado en París por Henri Plon.

Guillermo Prieto “Fidel” en su romance ¡El Imperio! incluído en *El Cura de Tamajón*, Monterrey 22 de mayo de 1864, satirizaba a Mathieu de Fossey por ser un connotado intervencionista. Al anunciar “Fidel” lo que vendría con el Imperio, en su burla, pone a De Fossey codo con codo con los generales Leonardo Márquez, la “hiena” de Tacubaya y Miguel Miramón un vulgar bandido.

Habrá corte a la francesa
con sus nobles *comme il faut*
en que figuren unidos
Mathieu de Fossey, Bonhomme,
Zermeño, Tovar, Taboada,
y Márquez y Miramón,

el héroe de Tacubaya,
y el que los fondos robó
de la legación inglesa
convirtiéndose en ladrón.

Transcribo la composición.

EPISODIO

En el año terrible para México
y al descarse la invasión francesa,
en esta hermosa capital vivía
un francés, preceptor muy conocido
que, entre otros niños, daba sus lecciones
a un hijo que tenía el presidente.
Casado era el francés con mexicana
que a su vez educaba, entre otras niñas,
a todas, o las más hijas de Juárez.
Venido a la República años antes
en virtud de un proyecto fracasado
de colonización allá en la costa
que el Goatzacoalco riega y fertiliza,
quedóse en el país y consagróse,
como una profesión, a la enseñanza,
para la cual sobrabanle aptitudes
pues contaba con ciencia y con talento.
Más, de genio versátil u obligado
por salud delicada, varias veces
cambió su residencia; ora en el Norte,
ora en la capital, ora en Oaxaca,
donde más de tres años se mantuvo
y estableció una escuela por contrato
que celebró primero con los padres
de Cañas, Mariscal, Quiñones y otros
niños de entonces y que ya no viven,
con excepción tan sólo del segundo.

Conociendo el país, que estudió a fondo,
escribió, a más de libros de enseñanza,
uno que se llamaba “Le Mexique
par Mathieu de Fossey” (era su nombre).
En él, como de paso, procuraba
probar la conveniencia para México
de una amistosa intervención francesa
que nos beneficiara inmensamente
con proteger aquí, en el Nuevo Mundo,
cual se hiciera en el Viejo, con Italia,
a la raza latina (aunque no abunde
como especie animal en nuestro suelo),
librándonos así del gran peligro
de ser en breve tiempo aniquilados
por el *yankee* invasor, con cuanto embuste
a Napoleón sirvió de pretexto
para su loca empresa mexicana.



© Archivo Fotográfico Manuel Toussaint del IIG/UNAM



© Archivo Fotográfico Manuel Toussaint del IIG/UNAM

El libro de Fossey logró fortuna en la corte imperial y desde luego puso al autor en íntimo contacto con algún encumbrado personaje, con quien pronto entabló correspondencia.

De un primer matrimonio, a lo que entiendo, Fossey tuvo dos hijas. De ellas, una, Manuelita llamábase en Oaxaca, Emmeline en su tierra y en idioma. De vuelta ya en Europa con la madre, que no tardó en morir, según se supo, casó Emmeline en Francia con un joven oficial del ejército y se hallaba (por el tiempo aludido en esta historia) con su esposo en Argel. Su padre, cauto por demás, remitía, estando en México, sus cartas a París por medio de ella, en tanto que ella le guardaba, astuta, diabólico rencor —según rumores— por la conducta que Fossey llevara con la difunta madre de Emmeline, o acaso por cuestión de alguna herencia, o por otro motivo que se ignora. El hecho es que Emmeline interceptaba alguna de esas cartas, ya veremos con qué intención aviesa, inconcebible,

contra su padre, a no ser que el hijo oculte un corazón perverso donde impere furia infernal que lo emponzoñe y mate.

Al recibirse en México el aviso de que la expedición francesa pronto sobre esta capital avanzaría, burlando así con fútiles pretextos el armisticio estipulado, inmensa irritación notóse en los caudillos del elemento popular, y al punto tomó el Gobierno serias precauciones para evitar insultos y atropellos a la colonia toda de franceses en nuestro territorio establecida. Por fortuna, sus miembros dieron muestra de gran prudencia y gratitud al pueblo, que no olvidó su afecto y simpatía a tan útiles huéspedes. Con todo, en aquellos momentos bien se pudo temer una explosión, pues no faltaban necios que la quisieran, blasonando de patriotismo estúpido y salvaje.

Ahora, Mariscal pone frente a frente a Juárez el justiciero y a De Fossey, el espía traidor. Imaginémosnos la dramática escena.

En situación tan llena de peligros,
llegó por el paquete inglés de Europa
una abultada carta de la Argelia
a Juárez dirigida y conteniendo
algunas otras por Fossey escritas
al personaje de que hablamos antes.
En ellas se advertía claramente
que Fossey trabajaba como espía
del Gobierno francés. Era Emmeline
que vendía a su padre denunciándolo
por venganza, ¡qué horror! Juárez discreto,
no habló ni una palabra, a su presencia
llamó a Fossey, y cuando estuvo a solas,
las cartas le entregó no más diciendo:
“Lea usted”. El francés, con gran sorpresa,
tomó la de Emmeline, su hija cara,
ansioso de saber lo que decía.
Apenas comenzaba su lectura,
de mortal palidez teñido el rostro
y con trémula voz, a Juárez dijo:
“Mande usted al momento fusilarme;
perdido estoy, mi hija es quien me mata.
Por compasión, abrévese mi vida...
Usted, Señor es padre y me comprende”.
“Ya está usted castigado”, replicóle
Juárez, severo al parecer, movido
de profunda piedad, “Mas cuide mucho
de guardar el secreto; o de otra suerte,
usted se entenderá con la justicia”.
Partió Fossey confuso, y sin retardo
de México alejóse para siempre.

Tal era el noble corazón de Juárez,
tal la prudencia del varón insigne
a quien los sicofantes del imperio
que a Francia impuso Napoleón el Chico
llamaban indio rudo y sanguinario.

Hombre de hierro que el deber templara,
jamás contra el deber cedió ni un punto;
mas, fuera de esa inspiración mostróse
humano y compasivo, sentimientos
que desplegó en su hogar y en el amable
trato que a sus amigos extendía.
Era un varón prudente y bondadoso
a quien sólo el deber y la conciencia
obligaron en grandes ocasiones
a elevarse inflexible y justiciero.

La fe con la que aguardaba la victoria
no fue superstición ni fingimiento,
fue convicción profunda y confianza
en la fuerza invencible de su idea.
“Si en mi vida —pensaba— no lo alcanzo,

otra generación verá el triunfo”.
De allí su abnegación y su constancia
que vimos con asombro y que la historia
recordará por siglos venideros
en sus fastos de bronce consagrando
un lauro inmarcesible a su alta frente.

Mariscal en su composición histórica contrapone la
fortaleza y la convicción de Juárez con respecto a sus
ideales, responsabilidades políticas, como defensor de
una nación, de la causa de México con la actitud de un
bondadoso y comprensivo padre de familia.

Juárez llamado el hombre de hierro, el inflexible
cede a la profunda bondad de sus sentimientos pater-
nales, al parecer proyecta sus propios sentimientos de
amor paterno sobre De Fossey que es un espía, un trai-
dor, que merece la muerte.

Nadie, nos dice Mariscal, debe confundir ese acto
de don Benito Juárez como un acto de debilidad o de
complacencia.

¿Por qué Juárez que siempre se había apegado a la
ley, inflexible cuanto de ésta se trataba, no aplicó la jus-
ticia republicana a De Fossey?

Juárez tenía que hacer justicia y dos caminos para
ejercerla: uno la justicia de la ley y otro, la justicia moral.
Se decidió por esta última, no perdonó a De Fossey,
sino le impuso la mayor pena de la justicia, la de la pro-
pia conciencia.

En las últimas estrofas Mariscal hace un elogio del
carácter y de la ideología de Juárez y demuestra que este
extraordinario personaje de nuestra historia, el hombre
de hierro, es también un hombre prudente y bondadoso
y, por lo mismo, al juzgar a De Fossey fue justiciero,
condenándolo —reitero— al terrible castigo moral de
su conciencia.

En el homenaje al Benemérito se cumplió al pie de la
letra el programa anunciado, en los días que siguieron
la prensa periódica dio cuenta cabal de las ceremonias.

La más señalada fue, sin duda, la gran velada oficial
el 21 de marzo en el Teatro Arbeu, presidida por el Pri-
mer Magistrado, Porfirio Díaz en compañía de su
gabinete y con una muy copiosa asistencia.

El Teatro se engalanó para la solemnidad. En el lado
derecho del proscenio que tenía por fondo y dosel un
gran lábaro nacional, destacaba el busto en bronce del
Benemérito. Un sencillo adorno floral de rosas, ama-
polas y palmas ostentaban los antepechos y las colum-
nas de los palcos y localidades altas. A la derecha del
escenario se encontraban todos los miembros de la
familia Juárez.

La orquesta del Conservatorio ejecutó de manera
excelente los números musicales. Don Justo Sierra Mi-
nistro de Instrucción Pública y Bellas Artes pronunció
un magistral discurso; de los trabajos de la Comisión

organizadora informó el licenciado Victoriano Salado Álvarez. Tuvo lugar la distribución de diplomas a los ganadores en el concurso literario, Rafael de Zayas Enríquez —principal triunfador— leyó su oda: Juárez, Canto épico, que llevara por lema: *Cesse tudo o que á musa anti-gua canta. Que outro valor mais alto se alevanta.* (Camões).

El Imparcial el 22 en “Las fiestas del Centenario de Juárez” reportó la solemne ceremonia, comentó que el discurso del Maestro Sierra, había sido una brillantísima pieza literaria interrumpida frecuentemente con atronadores aplausos; y exaltando a Juárez, para *El Imparcial*, Sierra terminó con este broche de oro.

Todos estamos contigo, será inútil injuriarte o rebajarte; la diatriba será un remusgo que hará espuma en torno al arrecife inmovible, y pasará y morirá.

Celebrando los ritos de nuestra religión cívica, cada generación, al partir, dirá a la generación que se levanta y llega: “Perseverad como él, quered como él, creed como él”... Y le entregará la antorcha de inextinguible luz.

Todos estamos contigo, el día que el Pacificador, el gran adversario de tus postreros días de lucha, llevó reverente a tu mausoleo la corona del recuerdo nacional, todo lo pasado quedó en la sombra y surgió definitivamente al sol tu ideal y tu gloria. Sea ella el símbolo de unión y de concordia; sea un ara en que fraternicemos los mejicanos. Todavía será turbada la paz del reposo augusto, que ganaste bien, perenne batallador; pero no podrá nadie arrancar tu nombre del alma del pueblo, ni remover tus huesos en tu sepulcro; para llegar a ellos será necesario antes hacer pedazos la sagrada bandera de la República que te envuelve y te guarda.

El Imparcial interesado en que fuera conocido ese discurso, ofrecía publicarlo en *El Mundo Ilustrado* lo que llevó a cabo el 25 de marzo.

Después del 21 siguieron otras ceremonias, como la del Congreso Mutualista y Obrero de la República

Mexicana, la de la Asociación Cristiana de jóvenes y la del Círculo Liberal Español.

En las Escuelas Nacionales niñas y niños entonaron el “Himno a Juárez”. El 22 se plantó en una de las glorietas del Paseo de la Reforma el “Árbol del Centenario” un sabino con la presencia de la familia Juárez, que indicaba el sitio donde más adelante sería construido el monumento al Benemérito.

Con motivo del Centenario informó *El Popular* del 27 de marzo, el Presidente Porfirio Díaz había indultado al reo Martínez Arroyo sentenciado a muerte por el homicidio de Eulalia Félix.

El *Diario Oficial* del 29 de marzo comunicó que, por acuerdo del Presidente de la República, se designaría con el nombre de “Colonia Juárez” la parte de la ciudad ocupada por las colonias denominadas del Paseo, Nueva Colonia del Paseo, Americana o de la Teja.

* * *

La prensa liberal dio cabida en sus columnas con gran entusiasmo y fervor a los actos oficiales y a otros de sociedades civiles en honor del Benemérito de América. Los periódicos censores del régimen lamentaron que la celebración no hubiera tenido la grandeza que el Reformador merecía. Por su parte, los diarios católicos siempre dispuestos al ataque aprovecharon la oportunidad para en artículos y caricaturas ridiculizar los festejos, la ideología liberal, la educación laica y, desde luego, de manera implícita enaltecer los valores del conservadurismo, y, también de paso, adular al Presidente Díaz, cuya prudencia había impedido que las fiestas al Benemérito, un jefe de partido, en manera alguna gloria nacional, no resultaran un vigoroso renacimiento de la discordia política, contrariando de modo lamentable la política reconstructiva del general Díaz.

Un comentario: Los argumentos de la prensa católica de 1906 tal parece que se repiten en este año 2006.



© Archivo fotográfico Manuel Toussaint del IIFUNAM